

propia historia, pues ella se define como parte de una generación del silencio de sus padres, y afirma que ese silencio ha perdurado demasiado tiempo.

La novela fue publicada en el año 2002 pero cuatro años necesitó la autora para recopilar el material, documentándose con historiadores y realizando entrevistas a mujeres por toda España. En el año 2011 fue llevada al cine por el director Benito Zambrano.

Es importante reseñar que la autora Dulce Chacón nació en Zafra en 1954, en el seno de una familia aristocrática su padre fue poeta y alcalde de la ciudad de Zafra (Badajoz), con una ideología de derechas y defensor del bando nacional. Su producción literaria es variada, pero su gran valor se revela en los ámbitos de la poesía, la na-

rrativa y el teatro recibiendo numerosos premios por sus obras de poesía y novela. Fue una mujer comprometida con los más débiles integrando la plataforma de Mujeres Artísticas contra la violencia de Género. Su primera novela, *Algún amor que no mate*, trata del tema de los malos tratos en la pareja y fue adaptada al teatro por la propia autora y dirigida por Eduardo Vasco en 2002. Dulce Chacón falleció en Brunete (Madrid) en el año 2003, a los cuarenta y nueve años, víctima de un cáncer de páncreas diagnosticado un mes antes.

Su marido la definió como “una mujer luchadora, de izquierdas, agnóstica, peleona, y su mejor arma era la palabra y la escritura”

Reseña: M. Carmen Solano Ruiz

LOS TRIPULANTES DEL LÍRICUS

Siles, José (2014)

Editorial Devenir, Madrid.

Antonio Marín Albalade. *Poeta*

Cómo citar este artículo (reseña) en edición digital: Marín Albalade, A. (2014) Palabras de un polizón a bordo del Líricus. (Reseña). Cultura de los Cuidados (Edición digital) 18, 40. Disponible en:

<http://dx.doi.org/10.7184/cuid.2014.40.18>

Correspondencia: (remitirse al correo electrónico)

Correo electrónico: amalbalade@yahoo.es.

Recibido: 11/11/2014/ Aceptado: 08/12/2014

PALABRAS DE UN POLIZÓN A BORDO DEL LÍRICUS

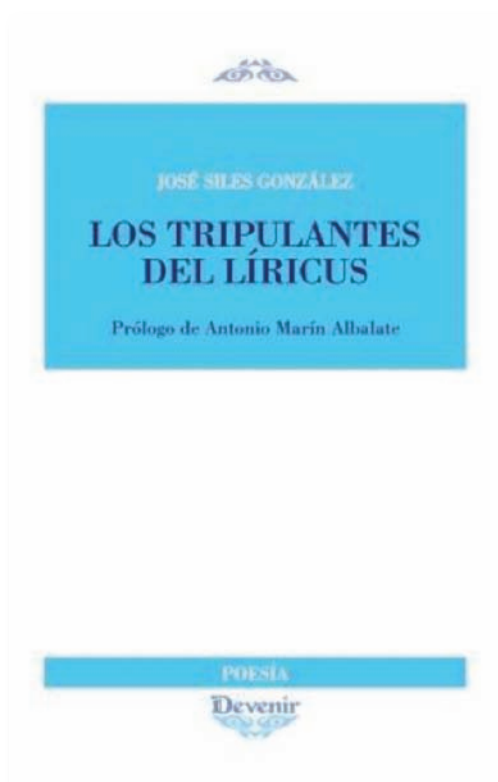
Me invade, no sé por qué razón, una gran calma.

Miro hacia fuera como un Dios. No hay iceberg a la vista.

Hans Magnus Enzensberger

(Versos finales del 'Canto VI' de

El hundimiento del Titanic)



Fiel a su costumbre de construir nombres especiales en torno a personajes y a títulos de obras, –recordemos, por ejemplo, su novela *La última noche de Erik Bikarbonato*– José Siles González nos sorprende con una nueva entrega, esta vez de poemas, *Los tripulantes del Líricus*.

Con toda la fuerza de su latín original –no sonaría igual Líricos– este barco o libro cuarto de la producción poética de Pepe Siles, es una invitación al viaje a través de la otra palabra; la que –como alguien dijo– se dice en verso. De tal manera, desde ese verso, claro y preciso, el poeta construye la armadura de una nave de palabras, en profundidad, como el calado de su propia semántica.

Veintiséis poemas, si no he contado mal, dan forma y fondo a esta magnífica obra tan absolutamente mediterránea, como la piel de quien la escribe. Porque Pepe Siles nacido en Cartagena y hecho hombre, a golpes de sal y de sol, es piel de agua curtida al viento de levante, mar que camina para recordarnos que la línea del horizonte siempre es infinita a los ojos que la miran y que no hay bolardo, estacha o red que la pueda apresar.

Así lo sentí yo el día en que, pasado el acné juvenil y tras largo tiempo de mutuo despiste, volvimos a encontrarnos en un bar de nuestra ciudad con la feliz excusa de presentar su novela *La Venus de Donegal*.

De esa memorable fecha, impregnada de salobres olores, guarda memoria el enlace: <http://www.elcoloquiode-losperros.net/numero32/bask32si.html>.

Digo que Pepe Siles es el mar, de la misma manera que Vicente Huidobro afirma que «el mar es un tejado de botellas que en la memoria del marino sueña». Eso también lo saben los tripulantes del Líricus con «su adhesión incondicional / al Jack Daniels».

Mar y marino, como un todo, nuestro poeta, que cambió de ciudad (ahora reside en Alicante) pero no de aguas, vive sobre todo para la

noble vocación de la escritura. Alejado de fastos y falsarios cenáculos, a salvo en la trinchera de su verso, su tiempo es un tiempo aparte pleno de copas colmadas donde nadan los ausentes, como afirma en *Necesito soñarme*, penúltimo poema del libro.

A bordo del Líricus yo, polizón al cabo, interpreto su lectura como una travesía hacia puertos lejanos, «aquellos cuyas luminarias / orientan a los marinos allá / ...donde las antípodas», y así –escondido en su bodega, mientras me ejercito en la dipsomanía– observo el movimiento del comandante y su tripulación.

Observo el silencio, espeso y necesario, de la niebla que envuelve la noche del poeta con su verbo encendido por la proa de este barco que, partiendo del muelle de la Curra y al girar Cabo de Hornos, ha llegado a encontrarse con el mismísimo espíritu del maligno bucanero Sir Francis Drake hasta convertirlo en uno de los mejores poemas de esta travesía.

Observo a este comandante que, sumergido hasta las orejas en el añejo ron del recuerdo, escribe sobre tempestades y escuadras enemigas, en su cuaderno de bitácora. Con el recuerdo del Abute, «timonel superviviente del penúltimo / naufragio del Líricus», escribe y escribe.

Escribe bajo un rumor de rememoraciones, acerca de «la gran sepultura colectiva» de *todo*, ese lugar donde *nada* es ahora.

Consciente, con José Hierro, de que «después de todo, todo ha sido nada, / a pesar de que un día lo fue todo», Siles González deja su todo y su tono más lírico en esta obra que no es, sino un seguir avanzando con *la sal del tiempo* en la mirada dejando huella honda, difícil de borrar, para *antes del olvido* y sus naves, «en un océano de tumbas anónimas», como «las experiencias huérfanas del recuerdo, / hijas bastardas / de la memoria expósita» que mora en la soledad, sin sonido, de las caracolas muertas entre racimos de algas y óxido de metales abandonados.

A bordo del *Líricus* yo –clandestino viajero, pescador de palabras que hago mías–, puedo oír el latido de la remembranza y sus milenarios ecos cuando, sobre mi cabeza, siento el peso ancestral de la ciudad que nos nombra y ennoblece al recordar con Cervantes, el inmortal, sus –no por archiconocidos– celebrados versos:

Con esto, poco a poco, llegué al puerto
a quien los de Cartago dieron nombre,
cerrado a todos vientos y encubierto,
a cuyo claro y singular renombre
se postran cuantos puertos el mar baña,
descubre el sol y ha navegado el hombre.

Y es entonces la submarina belleza de lo vivo lejano que, aunque dormida en los hondos *muelles de la historia*, siempre despierta y emerge al paso de tan lírica nave, barco de la memoria escrito –acaso Mare Nostrum adentro del sueño– para que –lectores al fin– sintamos cual fulgente latigazo, poema a poema, el universo de su idealidad en el piélago de nuestros ojos. Como debe ser. Porque el poema, al igual que el poeta, es o no es. Y el poeta de homérica voz, aquí y desde siempre, sin lugar a dudas, es porque sabe –lo ha dicho– que una vez que tienes la idea de lo que quieres, mantener el timón es más llevadero.

Y porque sabe –también lo ha dicho– que la vida se hace y deshace por los sentimientos y la mejor forma de expresarlos es la poesía. Poesía como la de este libro seguramente escrito por pura catarsis, tal vez para celebrar las cicatrices del humo de aquellas palabras que, ceniza al fin, dejan su poso de olvido en la piel del agua. O para que no olvidemos que al final del periplo, «llegado el río a la mar – nuestras vidas son los ríos, Manrique dixit– tumba líquida de todos los ríos / donde se mojan las pantorrillas los muertos», sólo quedan los restos del naufragio, *apenas un adiós sin esperanza no versos*. Pero habrá merecido la pena.

Por la cita de Enzensberger que precede a estas palabras y, si pasamos la página de su Canto VI, sabemos que *si hay iceberg a la vista* –«el iceberg avanza hacia nosotros», comienza diciendo– porque, sin remedio, siempre hay un iceberg que, oculto bajo el agua de los días, nos acaba alcanzando como el Titanic, el *Líricus* –«veinte años, / cuatro meses y doce días / con siete larguísimas horas y media, / las peores y más graves», *se mantuvo embarrancado*–, termina siendo un barco fantasma con verbenas de difuntos, donde sus espíritus tripulantes conmemoran el hundimiento de la nave.

Això s'està ensorrant, cantaba Serrat en 1990. Ciertamente, siempre hay algo que se hunde o que se está hundiendo. Es inevitable, ya saben... el iceberg...

Tan inevitable como la afortunada ebriedad que proporciona la lectura de este libro que recomiendo encarecidamente.

Espero y deseo, querido lector, que al igual que este polizón, te hundas placenteramente en sus páginas y saborees, como el mejor licor, todo lo bueno de sus versos.

Los tripulantes del Líricus, Pepe Siles González y quien esto suscribe te lo agradecen al tiempo que te desean una muy feliz travesía.